

DESBANDADA HACIA EL PRESENTE

Larga ha sido la trayectoria de la caravana humana, múltiples los tejidos sociales que en variada textura se han ido urdiendo, desde los clanes de cazadores armados de fiereza hasta los cautelosos recolectores o los perspicaces agricultores sedentarios. Duradero y complejo fue el horizonte social que el haz de conductas estableció al paso de los milenios, resultado de la pugna del hombre con la naturaleza, de su comportamiento frente a otros y ante sí mismo y de la evolución de sus necesidades —V. Gordon Child—. Edificó así el laberinto de usos e instituciones que le permitieron sobrevivir al cruce de los prolongados meandros de la historia y que hoy ya no le sirven, náufrago de la razón, en el inmenso océano de presencias, actitudes, sentimientos, objetos y símbolos. Inmerso en el proceso social que se ha vuelto cada vez más complejo, atónito y confuso delante de los marcos de referencia para su vida, ya fragmentados y en movimiento. Recibe innumerables ofertas cada segundo instándolo a elegir algo, en una libertad aparatosa y delimitada al fragmento y al instante que le correspon-

da, para satisfacer, aunque sea en forma virtual, cualquier deseo. Lo virtual es según Debord “la representación ilusoria de lo no vivido”, otra paradoja de una sociedad hedonista y permisiva.

Se le presentan variados menús, paquetes que puede reestructurar, en combinaciones arbitrarias, pero siempre dentro de las nuevas reglas, asumiendo las funciones y roles que presenta el hiperespacio fluido —como lo enuncia Gilles Lipovetsky, *La era del vacío*— en el que todo participa y en el que nadie queda fuera.

A mitad del conjunto de instituciones, organismos y conglomerados de todo tipo se encuentra el hombre aislado, vuelto hacia adentro, sorprendido por la impenetrabilidad de esta muralla inaccesible que tramó la sociedad y que ya le es ajena.

Ortega y Gasset, cuyo pensamiento es fuente inagotable de intuiciones y conceptos al definir la sociedad —“El hombre y la gente”—, lo hacía a partir de dos elementos principales: la “nostridad” y un movimiento pendular entre la soledad radical y el entorno humano y natural que le permitía al hombre ensimismarse para reflexionar y participar en el horizonte vital integrándose, posteriormente, al proceso de la existencia.

Para este inteligente filósofo el “yo” se formaba a través del “tú” (que era poco antes el “otro”) y de

la relación entre ambos se forjaba la “nostridad”, célula de lo social. Con esta idea han coincidido, antes y después, los más grandes psicólogos y sociólogos. Se puede observar en el presente cómo el individuo que actuaba en los vaivenes de la soledad y el intercambio, en el análisis y en la adaptación, hoy se encuentra escindido, sin los horizontes abiertos de otrora, en la imposibilidad de conjugarse con su horizonte, participando a una velocidad desconocida en las fracciones que los contextos le aportan de modo intermitente, provisto de un volumen de información abrumador, sin manera de digerirlo, registrarlos, entenderlos y, menos aún, de manejarlos.

Además no tiene siquiera el tiempo para tratar de adaptarse a lo que se le propone. Apenas intenta reconocer un contexto, cuando éste ya cambió. El “yo” fragmentado se vincula con múltiples “tús” divididos que forman impredecibles bloques de conductas adscritas a valores cambiantes que operan con una creciente ambigüedad. Sigue funcionando la dialéctica del espejo a través del “otro” pero multiplicado ante la existencia de múltiples “yos” y abundantes “otros”. Tiene un ego provisional resultado de la mezcla confusa de lo público y lo privado y asume una soledad de otra índole, un viaje prolongado hacia adentro, como tanto lo han bus-

cado religiones y filosofías pero sin el movimiento pendular que permitía el retorno al horizonte social para incidir en él, recreándolo. Pero ¿qué hacer si encontramos múltiples pantallas que sólo reflejan el cambio? La nueva sociedad es de individuos desadaptados, fragmentados y solitarios en plena desbandada hacia el presente, en un universo de relaciones y vínculos que sufre continuas mutaciones.

No funciona el tiempo lineal que admitió la ciencia de los positivistas, tampoco el tiempo cíclico que Nietzsche nos explicara a través del eterno retorno. Actualmente estamos frente al tiempo en “zig-zag” que a momentos es lineal, durante un lapso parece volverse cíclico, después se repite en espiral y regresa de nuevo como tiempo lineal, sin programa previsible, al azar, en paradójico caos.

La velocidad es la que rige todo. La simultaneidad es la norma, por lo que hay que conducirse automáticamente. No hay tiempo para pensar, los procesos continúan y exigen actitudes y respuestas inmediatas.

Los valores se presentan también en movimiento, son parte de los contextos, variables y efímeros, tenemos que conducirnos respecto a ellos con una especie de desapego. No obstante, somos responsables momentáneos de múltiples contradicciones que no alcanzan ninguna síntesis.

La moral siempre fue relativa a sus contextos, incluso como ruptura, como negación, pero ¿qué hacer con los contextos en movimiento, sujetos al cambio constante? Habría que hablar entonces de una ética *a posteriori*, porque ¿cómo calificar lo que se desplaza vertiginosamente y no se entiende ni se integra?, ¿cómo asumir responsabilidades si llegamos tarde a los valores que se escabullen?, ¿cómo asumirlos en un presente extendido que no permite ninguna previsión?

Un fantasma recorre el mundo: la globalización que vaga por inacabables pasillos y deja en todos los ámbitos y comunidades una sensación de frustración y de impotencia. Va anónima, sin rostro, indiferente y fría, pero acosa a los pueblos cruelmente y los agobia con su corpulenta estructura invisible e impía a la que se denomina “el mercado”, nueva institución más implacable que el legendario Estado y también con variadas “razones” más severas que la “razón de Estado”, porque no necesita aducir nada pues ya predominan universalmente el dinero, las comunicaciones y las armas, en invencible recreación de intereses y poderes.

Se ha procedido a destruir a la persona jurídica —ya se hizo en los campos de concentración y de refugiados—, ahora sobreviene el asesinato de la persona moral y la anulación de la singularidad del

individuo, para reducirlo a un espécimen de animal humano, como lo advierte Hanna Arendt en su libro *La condición humana*.

Estos desgajamientos sociales se presentan como un extraño “Medioevo” —Alain Minc— en el que la globalidad ha sustituido a la Iglesia y al igual que ella, antes, incide en todos los niveles de la existencia humana, pero con un predominio de lo circunstancial. Los contenidos son intercambiables y todo es sustituible. Las formas de vida se pliegan a la nueva realidad y la persona sufre el asedio de los medios de comunicación que no le dejan ningún reducto dónde refugiar su singularidad de individuo, porque lo convierten en una especie de “tubo” abierto por ambos extremos, por el que circula un caudal de mensajes, los que se banalizan y diluyen por la imposibilidad siquiera de registrarlos. Se trata del *homo videns* —Giovanni Sartori— con su presencia caleidoscópica, su comportamiento *fractal*, su manejo hábil de la simultaneidad y su esencia móvil.

Desertor del *logos*, fósil viviente, cada persona posee registros genéticos de existencias pretéritas que van más allá de los comienzos de la humanidad. La genética, una vez descifrado el genoma humano, podrá conducir al individuo por los escalones remotos del pasado y delinear, peligrosamente, los escalones, sin límite, del futuro —Sloterdijk—.

La expansión tecnológica y científica, la propagación de las comunicaciones y su vinculación al férreo círculo del dinero y al control de las armas, ofrecen un panorama universal de interacción de estos ámbitos, en el que predomina, finalmente, el sistema financiero, pero sujeto a contradicciones.

La globalización económica es conducida por el grupo de los bancos centrales, las bolsas de valores, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y otras instituciones. Centraliza el poder que maneja los recursos financieros, las comunicaciones y la tecno-burocracia militar. Sin embargo no se ha podido evitar el alto riesgo que se vive ante el hecho de que el volumen económico-financiero es cincuenta veces superior a la economía real productiva. Tampoco han previsto las crisis de divisas que de 1985 a la fecha han sido más de ochenta y cinco y se oculta en la contabilidad que los “derivados financieros” ya representan nueve veces el PIB mundial y nadie sabe cómo podrán pagarse a su vencimiento, como lo observa el lúcido especialista en la materia Alfredo Jalife-Rahme, *El lado oscuro de la globalidad*.

Se está ante otra paradoja, pues la globalización ha provocado que la mayoría pierda el poder adquisitivo y el empleo; y, a la vez, ha disminuido la producción (al hacerla incosteable), por lo que se

podría desembocar en la extravagancia de tener un mercado ya sin productores ni consumidores.

Se busca enfrentar el comunitarismo —Tönnies— con el nacionalismo, conceptos que sirvieron de base a la modernidad, pero de lo que se trata en realidad es de romper las raíces del Estado nacional, sus cimientos, aunque ya sea éste casi anacrónico y tenga cada vez menos funciones, apenas bandera utópica de los países y de los pueblos que tratan de oponerse al mercado y a sus implacables comités.

La poca importancia que se le da a la política en relación con la economía viene desde el siglo pasado que privilegió al trabajador sobre el ciudadano —Marx—. En el primer tercio del siglo XX, con otro sesgo, se subrayó, nuevamente, la relevancia del trabajador —Jünger—. En esta época todos se han vuelto consumidores sujetos a los vaivenes de la oferta y la demanda, regidos por reglas que están por encima de los intereses individuales, nacionales y regionales.

Se han tornado inoperantes las instituciones mediadoras: partidos políticos, sindicatos y cooperativas, y queda la sociedad fraccionada, incomunicada y a la deriva, pues las células (individuos) que la componen han cambiado al ritmo de los contextos y de los valores, más allá del choque de culturas

del que habla Huntington, indefensa ante la explotación y la manipulación.

El hombre ha caminado desde su origen sobre una cuerda floja. Mantiene un frágil equilibrio entre las bestias y los dioses. Ha superado catástrofes de la naturaleza y agresiones de su propia grey. Pero a partir del siglo XX el conocimiento en combinación con la economía lo han instigado a cometer una doble traición, contra la naturaleza y contra la propia especie humana. Ahora, inunda de basura todos los rincones del planeta, agrede a la biosfera y emponzoña océanos, mares, ríos y lagos. Sometido a la entropía y al proceso de la materia viva que al encontrar un desequilibrio lo transforma en energía para integrarse y eliminar los desechos. Tiene que pagar, también él, un tributo de energía y de desechos para sobrevivir; sin que estos desperdicios puedan convertirse, otra vez, en energía, requiere de modo continuo nutrientes para no desaparecer —Eduardo Césarman, *El laberinto y la ilusión*—.

Mantiene en la miseria económica y espiritual a la mayoría de su estirpe; y a través de la genética está a punto de lograr cambios definitivos en su estructura interna que lo pueden deformar e inclusive extinguir. Además carece de elementos morales suficientes que lo inclinen a reflexionar para corregir el rumbo.

El hombre ha dejado huellas indelebles de sus afanes utópicos a lo largo de la historia. Cada una de ellas es un punto hegemónico del que partió en cierto momento, una idea clave, con su indispensable adalid, que intentó cambiar la realidad vigente, proponer otra y volverla universal.

Atenas, con Pericles, fue la escuela de Grecia y sus directrices prevalecieron en Occidente hasta el Renacimiento. Florencia representa otro deseo de mutación y sus corifeos son muchos, de Leonardo a Maquiavelo y de Pico de la Mirandola a Lorenzo de Médicis. En Londres, capital del Imperio Victoriano, inician Byron y Shelley el Romanticismo con su brega contra la desigualdad y la cerrazón burguesas. La modernidad tiene varias metrópolis y otros tantos capitanes que secularizan la vida, buscan el progreso y tratan de construir el Estado nacional. En Francia se postula la hermosa utopía de la Revolución que pugna por la libertad, la igualdad y la fraternidad y es sede inicial del socialismo que sacude al mundo en los siglos XIX y XX. La posmodernidad es poliárquica y variopinta, tiene nostalgia de lo acontecido, une la ética con la estética, en el cauce de un intenso “vitalismo” que considera a la existencia como arte. También recupera la cercanía a la naturaleza por medio de la ecología y comienza a privilegiar el presente. Este

bagaje permite concebir esperanzas frente a los desastres causados por la globalidad.

Cualquier corte transversal de la sociedad corrobora la tesis de Hans Freyer acerca de la coexistencia de formas de vida y producción correspondientes a distintos momentos históricos. En un mismo país o región subsisten simultáneamente formas de vida que pueden abarcar una amplia escala, del nomadismo hasta la producción industrial con robots, del artesanado a la agricultura intensiva. Se acepta que coexistan, sin embargo hay siempre una que prevalece y domina y es la que impera, como en la actualidad lo hace la globalidad.

No obstante, debe comenzarse un combate aguerrido para enfrentar lo actual. Ya lo hizo el hombre antes. En todas las épocas se sufrieron guerras y catástrofes. En estos momentos puede oponerse a la globalidad, la solidaridad, encarnada en el “sujeto” —Alain Touraine—, que se formó en la libertad, la democracia y la comprensión hacia los demás. El que creará las condiciones sociales protectoras de la libertad personal y concreta, y defenderá la diversidad cultural. El que limitará el aumento, cada vez más rápido, del consumo y las comunicaciones. También restablecerá la conexión entre el universo instrumental y el simbólico, sin reducir la sociedad civil al mercado, ni convertirla en una comunidad

cerrada sobre sí misma. Finalmente hará prevalecer el derecho sobre los poderes y obtendrá el reconocimiento colectivo de la justicia y el control político de la economía.

Después del ciudadano y del trabajador le corresponde ahora al “sujeto”, síntesis de memoria y proyecto, de cultura y actividad, adscrito a la bioética, emprender una contienda definitiva contra la *telecracia* —Karl Popper— y cuidar a la naturaleza como actor titular en este foro caótico y efímero y eventual héroe de esta historia.

Para triunfar tendrá que retomar el control de su existencia, recuperar la voluntad de existir libre, solidario, responsable y feliz, alerta frente a los cambios. Combativo y valiente como los que lidiaron en favor de la solidaridad y en contra de la “cosmocracia” en Seattle, el 30 de noviembre de 1999, el “sujeto” deberá proseguir su lucha para tratar de ser nuevamente el dueño de su destino.